

## CAPÍTULO XXXVIII

LA LIBERTAD.—LA DERROTA DE ARABI.—LA GRACIA DE ABD-EL-KANI.—DESPUÉS DE LA GUERRA

I

El jardin.—Los ingleses y Tewfik.—El padre del cheick. La carta de Maamur.

Antes de partir, ordenó Abd-el-Kani al dervich que nos llevase al jardin. En este recinto, cercado por setos vivos de nopales y cactus, crecen confundidos y sin simetria, como los árboles en nuestros bosques, el sicomoro, la palmera, el naranjo, la cañafistola, el almendro y la mimosa de amarillas flores. La sombra y frescura eran deliciosas, y hubiéramos podido reposar allí agradablemente; pero aquel verdor, aquellos naranjos, el bello cielo de Egipto, no tenían para nosotros encanto alguno. Todo es amargo para quien teme el día de mañana, y en vano se esforzaba Aly por sacarnos de nuestras preocupaciones y disipar nuestra melancolía.

De vuelta del paseo se nos dijo que se trataba de un desembarco de tropas otomamas en Alejandría, y pregunté á nuestros beduinos si se opondrían á él.

—Jamás—me respondieron con arrogancia;—no nos es lícito marchar contra el sucesor de nuestro Profeta. Los ingleses, ¡he ahí el enemigo!... Desde que Tewfik se ha unido á ellos lo consideramos como traidor y caído del trono, y antes aceptaríamos por virrey á un afrit (demonio, ángel malo) que á tal hombre.

El 19 de Julio, hacia las siete de la mañana, pasó el cheick á nuestra casa para saludarnos, y partió inmediatamente para Kafar-Dauar à fin de cumplir su misión. Componíase su séquito de seis beduinos, jefes subalternos, vestidos con elegancia y cubiertos de armas de gran valor. Apenas montados sobre sus brillantes corceles, desaparecieron de nuestra vista con la velocidad del rayo.

Durante todo el día no hablamos sino de Abd-el-Kani y de las buenas nuevas que nos traía. De vez en cuando, todos juntos alrededor de nuestro *Tesoro escondido*, y postrados á los pies del Divino Maestro, elevábamos hacia El nuestras manos suplicantes, y lleno el corazón de esperanza, le pedíamos con más fervor que nunca se dignase oir nuestras oraciones. Pero, ¡ay! se pone el sol, pasa todo el día, y el cheick, que nos había asegurado su vuelta, no aparece. Después de la cena comenzó, según costumbre, el plañidero canto del beduino, y, lo mismo que la víspera, sus monótonas estrofas no tardaron en producirnos el sueño.

Hacia la una de la mañana, estaba yo sumergido en una especie de somnolencia, cuando oí de repente el piafar de numerosos caballos, acompañado de un murmullo de palabras ininteligibles y de un movimiento inusitado de nuestras gentes, y poco después entró el derviche en nuestro aposento, y nos dijo:

-Ega (edja) abu esch-cheych men el-Fayum, qumu. Es decir: El padre del cheik ha llegado de Fayum, levantaos.

Pronto comprendí que quería que fuésemos á saludar al padre de nuestro cheik. Desperté, pues, á mis compañeros, hice llamar á las Hermanas, y fuimos en persona á presentar nuestros homenajes al padre de Abd-el-Kani.

Me sería muy difícil referir todo su discurso; pero por sus benévolas y afectuosas palabras era fácil comprender que había sido puesto al corriente de nuestras aventuras por Aly.

—Mi hijo—nos repetía muchas veces,—no ha hecho sino cumplir con su deber, y una vez que estáis bajo nuestra protección, podéis estar seguros. Si no queréis permanecer aquí, á mi vuelta (iba á visitar á Arabi-Bajá) os Ilevaré conmigo á Fayum, cuyos habitantes son cristianos en su gran mayoría; y dueños, como yo, de mi propio palacio, podréis abrir allí una escuela.

Admirados de tales expresiones, y después de haberle

expresado nuestro reconocimiento con toda la efusión posible, nos despedimos de él y volvimos á nuestro lecho.

A pesar de este incidente estábamos en pie al salir el sol; pero había partido ya para Kafar-Dauar el padre de Abd-el-Kani, y no pudimos adquirir noticia alguna de su hijo. A eso de las nueve de la mañana, llegando de Kafar-Zayat algunos beduinos, nos dijeron que el Maamur había recibido de Tantah una carta referente á nosotros, y dirigida á nuestro cheick. En efecto, cuando volvió Abd-el-Kani, á las seis de la tarde, nos dijo que el Modir le había escrito que condujese á Kafar-Zayar los religiosos y religiosas que había recogido, añadiendo que el Maamur y el comandante de la tropa tenían las instrucciones necesarias para conducirnos hasta Ismailía. Nuestro gozo fué inmenso, nadie lo dudará.

I

La comida.—La despedida.—Perplejidades.—La locomotora de Arabi.—Ismailía.

Abd-el-Kani quiso comer con nosotros; sus atenciones eran cada vez más delicadas, más diligentes, y una estrecha amistad parecía unirnos mutuamente. Yo experimentaba un sentimiento lleno de ternura y de admiración hacia este musulmán cuya conducta honraría á un cristiano, y él se creía feliz por haber encontrado seres que le comprendiesen y le fuesen reconocidos. Hablaba mucho, pero su palabra era grave, espiritual, insinuante; sus miras eran elevadas, y muy justas sus apreciaciones. La conversación recayó naturalmente sobre la guerra, sobre Arabi y sobre Inglaterra. Tan pronto conocía Abdel-Kani la importancia política de este gran país, alababa su bella y poderosa flota y el valor de sus soldados, como la menospreciaba por su conducta y la cubría de maldiciones.

—Antes permitiremos que se nos haga pedazos—exclamaba —que darnos jamás por vencidos. Preferiremos una guerra eterna á una eterna opresión...

El descontento del pueblo ha llegado á su colmo, y los pe-

queños, cuando se les irrita, no reconocen tallas ni medidas; el gato, en su desesperación, arranca los ojos al tigre.

Las matanzas que llevan el espanto á todas las aldeas, recaerán sobre los invasores; su audacia ha encendido el furor de los indígenas, que se vengan sobre los cristianos de los males que han sufrido. El saqueo de Ramleh y de Alejandría fueron ejecutados por la tribu de Auladali, del partido de Tewfik, el inglés; y no sólo no los mandó Arabi-Bajá, como se intenta hacer creer, sino que los reprobó con toda la energía de su alma y con toda la indignación de su corazón. Por lo demás, Arabi está decidido á resistir con todas sus fuerzas á la codicia de la soberbia Inglaterra; y si no es hombre para rebajarse por agradar al gobierno, es del número de esos héroes que saben elevarse aun en el momento mismo que se les envía á beber las amargas aguas del destierro.

Al hablar asi, Abd-el-Kani estaba profundamente conmovido; y cuando nos separamos, una negra sombra había surcado su noble frente.

Quedamos sorprendidos y aun admirados de la valentía de sus razonamientos y confidencias, y de la pintura que tan al vivo nos hizo del estado de los ánimos en Egipto. Parecíanos que se preparaba para el porvenir algún resultado más funesto, y este presagio anublaba algún tanto las alegrías de nuestra próxima libertad.

Al dia siguiente, al rayar la aurora, estábamos todos en pie y dispuestos para la partida.

Nuestro primer cuidado fué coger el Santísimo Sacramento, que yo llevaba respetuosamente, poniéndolo al abrigo de indiscretas miradas. Las Franciscanas se dirigieron en seguida donde estaban las mujeres del cheick para agradecerles su buena hospitalidad. Ellas se mostraron muy sensibles y agradecidas á sus cumplimientos, pero más afligidas aún por su marcha.

—¿Por qué nos dejáis?—decían.—Quedaos aquí; ¿no estáis tan bien como en vuestra casa?

Las Hermanas, en efecto, se habían ganado, no sólo la simpatía de dichas mujeres haciéndoseles útiles por su habilidad en el manejo de la aguja, sino también el respeto y la admiración de todos por su candor, su modestia y su afabilidad.

Por fin, saludamos por última vez aquella hospitalaria mansión en medio de las bendiciones de todos. El Ma-es-Salameh, tan dulce para el viajero que le escucha, salía de todos los labios. Yo tenía el corazón conmovido y no puede contener las lágrimas.

El cheick y Aly, montados en soberbios caballos, nos precedían; nosotros seguíamos á pie con una tropa de beduinos que quisieron acompañarnos hasta fuera del pueblo. ¡Oh! ¡cuántos apretones de manos recibimos en aquel pequeño trayecto! Si no hubiéramos constreñido á nuestras gentes á retirarse, hubieran venido con nosotros hasta la estación. Les dimos nuestro último adiós, y seguimos nuestro camino, lleno todo de curiosos, que costaba trabajo á nuestros jinetes el separar.

Llegados á la estación, cuyo recuerdo no habíamos perdido, encontramos que nada había cambiado, y se nos colocó en el mismo sitio que habíamos ocupado nueve días antes. Cerraron inmediatamente la puerta, que guardaron cuidadosamente los soldados y los beduinos, por hallarnos rodeados de fugitivos y gentes sospechosas.

Los trenes de mercancías pasaban y volvían á pasar cargados de soldados y municiones para Kafar-Dauar, pero no se veia ningún tren de viajeros para Ismailía, de suerte que dos telegramas, uno del Cairo y el otro de Kafar-Dauar, dando orden de hacernos salir con una buena escolta, quedaban forzosamente sin efecto...

En esta ansiedad pasamos toda la mañana, y á las cuatro de la tarde aún no había señales de partir. Se pensó entonces en proporcionarnos un tren expreso, por el cual, sin embargo, pidió la administración cuarenta y cuatro guineas egipcias, es decir, mil ciento veinticuatro francos de nuestra moneda. En vista de tal suma, perdi toda esperanza. El jefe de estación, Moallem Tchalaby, notó mi pena y telegrafió al punto á Arabi, diciéndole que no podíamos embarcarnos por falta de dinero. El bajá respondió inmediatamente: Que se les haga salir á costa del gobierno.

No había en aquel momento locomotora, pero se nos aseguró que la primera que llegase, bien fuese del Cairo, ó bien de Kafar-Dauar, sería para nosotros. Pero, ¡ay! ¡las locomotoras pasan y repasan, y ninguna se detiene!... ¡Nuestra angustia era extrema!

En medio de estas perplejidades y de tan larga espera, hicimos conocimiento con el comandante de los ciento cincuenta soldados que guardaban la estación, Ey-Bajá, hombre excelente, afectuoso, liberal, que se multiplicaba para sernos útil. En aquel momento fatal en que todo era asechanzas y dificultades, su intervención en favor de las Franciscanas fué de las más felices. Estas, en efecto, habiendo huido precipitadamente y sin haber tenido tiempo siquiera para hacer un contrato escrito, entregaron su casa, su huerto y su ganado á un fellah que creían ser persona honrada. Nuestro hombre, prevaliéndose de las circunstancias, se hizo dueño absoluto de los bienes inmuebles, y negó después que el ganado perteneciese á las Hermanas. Habiendo oído el comandante la deposición de las religiosas, mandó buscar al fellah, le obligó á restituir y á depositarlo todo, según el deseo de las Hermnas, en poder del Guardián de nuestro hospicio. Además nos ofrecía un piquete de soldados si queríamos volver á entrar en nuestras casas y no ir más lejos. Le dimos las gracias con efusión, diciéndole que nos dejaríamos seducir por su ofrecimiento obsequioso si tuviéramos esperanza de que su permanencia en aquellos sitios había de prolongarse por algún tiempo.

Se había puesto ya el sol, y nadie podía aún prever la hora de nuestra partida. Llegaba en aquel momento de Kafar-Dauar el padre de Abd-el-Kani, y habiendo sabido por su hijo que estábamos en la estación, vino á saludarnos con todo su séquito.

¡Qué gran placer experimentamos en volver á ver á este hombre venerable, en darle las gracias y en expresarle nuestro eterno agradecimiento!... El nos escuchaba con agrado, y nos repetía muchas veces:

—¡Que el Señor os acompañe! Cuando estéis fuera de peligro—añadía—hacednos conocer vuestra feliz llegada, y después no dejéis de visitarme. Mi casa será la vuestra, y la hospitalidad será tanto más dulce para vosotros cuanto que

entonces habrá cesado la guerra de extender sobre nuestras campiñas su fúnebre crespón.

Esta tierna despedida y esta expresión de la más noble cortesía, me conmovieron profundamente. Quería dejarnos algunos beduinos para escolta, pero el bajá le agradeció la oferta, diciéndole que no era necesario.

Antes de separarnos rogamos á nuestros amigos que echasen una ojeada sobre nuestras casas. Al oir esto, llevaron al punto sus manos á la frente y después al corazón, y nos dijeron:

- Vuestros bienes quedan bajo nuestra vigilancia; id tranquilos y sin preocupación.

Habiendo dicho estas palabras, se prepararon para la partida. Al estrecharles las manos, sorprendi algunas lágrimas á lo largo de sus mejillas, tostadas por el sol.

Entre tanto nuestros negocios no avanzaban ni un punto. A las once de la noche aún estábamos allí, sin haber siquiera comido durante la jornada. De esta suerte, á las angustias de nuestra posición venían á unirse las torturas del hambre. El jefe de estación telegrafió de nuevo á Arabi, dándole aviso de que nos hallábamos aún en Kafar-Zayat, sin medios para salir.

¡Quién lo creyera! Este hombre, á quien sus enemigos pintaban tan cruel é inhumano, nos mandó en seguida de Kafar-Dauar una locomotora, que llegó á la una de la mañana. Al punto fué enganchada á nuestro vagón, y media hora después estábamos ya en camino. Los soldados que nos dió el comandante, bajo las órdenes de un oficial, se mostraron con nosotros buenos y honrados.

La prohibición de encender lámpara alguna en el interior de los coches fué formal y rigurosa, no menos que la orden de tener cerradas las ventanas y extendidas las cortinas. No tardamos en apreciar la sabiduría de estas medidas, pues apenas habíamos llegado á Tantah, cuando fuimos al punto rodeados de todo el populacho escapado de Alejandría, que lanzaba con todas sus fuerzas vociferaciones y amenazas.

El oficial director del tren, hizo de modo que nadie pudo penetrar hasta donde nosotros estábamos, y así pudimos salir libres de este nuevo peligro. Las mismas escenas se renovaron en Benha y Zagazyg.

Al fin, el sábado 22 de Julio, á las seis de la mañana, nos apeábamos en Ismailía, en el hospicio de Tierra Santa.

Después de algunos momentos de reposo, la Superiora de las Franciscanas y yo fuimos á presentarnos al gobernador, quien, según nuestra declaración, remitió al oficial un certificado haciendo constar que habíamos llegado sanos y salvos al lugar de nuestro destino; después nos fuimos cada uno á sus moradas respectivas. Las Franciscanas se dirigieron á casa de sus compañeras, que venían gozosas á su encuentro, y nosotros al hospicio, al lado del P. Pascual, presidente, y del P. Leonardo de Conigliano, que nos acogieron como se acoge á los náufragos, á gentes que se creyeron presa de la muerte y que llegan llenos de vida.

III

La derrota de Arabi-Bajá.—Arresto de Abd-el-Kani.—El gobernador de Tantah.—El centinela y el bakhchych.

Sigamos ahora al narrador en la segunda parte de su relato.

Abd el-Kani era ciertamente del partido de Arabi; pero aun suponiendo que no lo fuese, ¿cómo hubiera podido resistir á las órdenes del Bajá en un tiempo tan crítico? En efecto, para hacer más sólidas sus posiciones de Kafar-Dauar é impedir á las fuerzas inglesas el marchar sobre el Cairo, la capital, tenía necesidad de hombres, y estos hombres debía proporcionárselos el jefe de los beduinos: tal era el mando absoluto del señor.

Cuando á consecuencia de los sucesos fué batido Arabi y hecho prisionero en Tel-el-Kebir, el 14 de Septiembre, se hizo buscar por todas partes con suma diligencia y arrestar á todos sus cómplices y partidarios.

Pues bien, entre los detenidos se halló también nuestro beduino, nuestro salvador y el de tantos otros cristianos.

El 1.º de Octubre, á las once de la noche, se me mandó á Mansurah un mensajero llamado Elyam, para anunciarme la triste nueva del arresto de nuestro bienhechor, y para suplicarme que hiciese por él lo mismo que antes había hecho él por nosotros.

Sin perder un solo instante tomé conmigo dos hermanas Franciscanas, y partimos para Tantah. Tan pronto como llegamos, me dirigi á casa del gobernador para presentarle una carta del vicecónsul de Francia en Mansurah, que le hacía conocer cómo Abd-el-Kani había salvado de la muerte á las Franciscanas y á muchos otros cristianos; y le suplicaba, que en atención á tran grande beneficio, me permitiese al menos hacerle una visita en su prision. Pero, ¿quién lo creyera? A esta demanda tan legítima, el gobernador, en presencia de cuantos le rodeaban, arrojando la carta al suelo, exclamó lleno de cólera:

-¿Qué?¿pedís el ver á ese miserable que quería matar al Virrey?

Salí desanimado con aquel recibimiento y me fui á rondar por aquellas horribles prisiones.

Con mi experiencia del Egipto, me acerqué con suma cautela al que hacía la guardia, y le pregunté en voz baja si se hallaba allí el jefe de los beduinos. Me respondió que sí, bajando la cabeza.

Entonces introduje diestramente en su mano el mágico bakhchych suplicándole que me lo dejase ver. Después de cortos instantes se abre una puerta sombría, me siento empujado hacia adelante y oigo que se cierra tras de mí.

IV

El prisionero.—Los ministros y el hijo de la Reina.—El indulto del cheick —Los dos amigos.

Encontré siete ú ocho prisioneros tendidos en tierra y cuyas cadenas, remachadas al cuello y á los pies, les hacían imposible cualquier movimiento.

Si el jefe no hubiera exclamado: ¡Ya abuna erhamni! «Oh. Padre, tened piedad de mí», no lo hubiera reconocido en aquel obscuro y horrible lugar. Me acerqué á él, y entre las más abundantes lágrimas, nacidas de nuestra mutua y profunda